

# ***La resistencia indígena 500 años después***

**Terena, Marcos**

---

**Marcos Terena:** Dirigente indígena de la tribu de los Terena. Coordinador General del Comité Intertribal 500 Años de Resistencia, y de la Conferencia Mundial de los Pueblos Indígenas-Río 92.

---

Probablemente sólo los líderes espirituales sabían que aquél sería un día diferente para la aldea, y eso se comprobó cuando algunos guerreros se dieron cuenta de que algo nuevo y diferente estaba surgiendo en el horizonte del mar. Poco a poco fueron apareciendo banderas, grandes canoas, personas extrañas con costumbres también extrañas.

Creímos así que el litoral y el continente indígena estaban siendo visitados, según nosotros, y «conquistados» para los que llegaban allí por primera vez. Quizás Cristóbal Colón y su gente hayan sentido una vanidad personal, un orgullo incomparable frente a su gobierno y a otros conquistadores, porque ellos eran los primeros en pisar tierra indígena; pero jamás pudieron, sin embargo, vivir lo suficiente para descubrir que todo aquello sería apenas el comienzo de una gran masacre social, cultural y espiritual de la historia. Un genocidio casi total en contra de pueblos que solamente vivían diferente, una forma de vida en donde había un sentimiento de vivir bien, respeto mutuo, equilibrio de relación entre viejos, adultos y niños, solidaridad y un gran amor por la madre tierra.

Varios gobiernos, especialmente el de España, prepararon grandes eventos y fastuosas celebraciones con la finalidad de conmemorar, en octubre de 1992, la «conquista de América».

Por nuestra parte, los pueblos indígenas no tenemos el poder de dinero ni el de los medios de comunicación. Apenas poseemos una gran fuerza de resistencia basada en la fortaleza espiritual y el coraje de nuestros antepasados. Un respeto hacia la naturaleza que nos rodea, aguas, aire y selvas, vivienda del gran creador, y el conocimiento de la medicina y alimentación sin efectos colaterales, basado en una economía autosustentada.

Entonces, ¿qué hacer frente a todo esto, cuando las conmemoraciones oficiales insisten en presentar apenas sus verdades, como si quisieran borrar de la memoria

mundial ese genocidio histórico? Pero nosotros, indígenas vivos, que aún resistimos a los avances de la colonización y de la catequesis, aprendimos también a mirar el mundo que nos rodea, el mundo de la «civilización». Un mundo que cree en una vida espiritual dividida en varias religiones que hoy son grandes fuerzas políticas. Un mundo que no consigue matar el hambre de su misma gente. Un mundo que insiste en investigar el suelo, las aguas y ahora el aire, en nombre de la paz, pero para colocar allí grandes plataformas de guerra. Un planeta globalmente dividido en ricos y pobres, en primer y tercer mundo, en países subdesarrollados y países desarrollados. Un mundo con nuevas pestes como el SIDA y el cáncer... Un mundo enfermo.

Antes de la llegada del hombre blanco a nuestras aldeas, podíamos correr felices en los bosques, nadar, pescar, cazar. Contemplar durante el amanecer y el anochecer las señales del tiempo; durante la noche, las estrellas y sus caminos. Podíamos vivir alegremente con nuestras enfermedades, casi todas curadas por nuestros médicos y chamanes. Podíamos mirar a nuestros hijos sin la preocupación por un futuro incierto y diferente.

Pero ahora está el mundo que nos rodea y tenemos que prepararnos para mirarlo de frente, pues estamos vivos y no queremos ser apenas un apéndice de la historia oficial. Queremos también contar nuestra historia, ya que somos la propia historia, y cuando eso ocurra se irá a realizar un sueño más de nuestros profetas: la civilización moderna no consigue funcionar, pues fortaleció su tecnología olvidándose de fortalecer su espíritu.

En todos los procesos de relación entre los hombres blancos y sus conquistas siempre fue primero el «sometimiento», el «envolvimiento», y cuando eso no funcionaba, hacían la conquista por opresión, agresión e imposición por la fuerza, y eso no ocurrió solamente en el pasado, hoy también ocurre, principalmente cuando las llamadas «grandes potencias» ven sus intereses amenazados.

Cuando miramos América 500 años después, ¿qué podemos decir? Muchos pueblos fueron masacrados y exterminados para dar lugar a grandes metrópolis. La tierra que para nosotros es la vivienda sagrada de nuestros antepasados, hoy contiene también semillas del veneno atómico. Por eso hoy queremos destruir todos los conceptos empleados hacia nosotros, como «salvajes», «pecadores» y «carentes de todo». Creemos que después de 500 años, el «hombre blanco», no tendrá otro camino que establecer una nueva relación con el «hombre indígena».

Nosotros deseáramos que el hombre moderno comprendiera que detrás de nuestras danzas, en los dibujos de nuestras artesanías y en el respeto a la naturaleza, hay un culto racional al gran creador y un código de vida jamás descifrado, que nos da la posibilidad de afirmar hoy que estamos vivos. No se trata de puro folklore o de mitos, sino de resistencia.

En el año 1992, la historia del mundo trata de recoger los sobrevivientes de la naturaleza, los guardianes de la naturaleza, que siempre fueron tratados como débiles y salvajes, pues exactamente cuando se conmemoran los 500 años, el mundo moderno concluye también que alguna cosa errada está ocurriendo con las aguas, los bosques, el aire y la tierra. Nosotros los indios siempre supimos todo eso, pues fue una práctica diaria que aprendimos desde niños y que enseñamos a nuestros hijos: ninguna máquina irá a sustituir el agua que nos aplaca la sed, o el aire puro que hace posible respirar la vida; por eso también nosotros estamos preocupados con el futuro de la humanidad y la supervivencia del planeta Tierra.

El hombre moderno necesita, sin embargo, aprender a preguntarse a sí mismo, ¿cuál es el significado de ser rico? ¿cuál es el significado del «desarrollo»? porque desde el primer encuentro fuimos considerados pobres, pero en nuestra forma de ser éramos ricos. Naturalmente nuestras riquezas no contenían monedas o ahorro en alguna cuenta bancaria o propiedades. Nuestra manera de ser ricos era tener alimentación para toda la aldea, salud y libertad para todos; pero si vamos a la ciudad tenemos que aprender a convivir con el dinero, la inflación, las leyes de mercado, vivir en centros urbanos, soportar atracos, prisiones, y lo más grave, el abandono total de los niños y de los más viejos. Para nosotros, por lo tanto, no tiene sentido el famoso «time is money», ni las grandes haciendas de latifundios o las plantaciones de monocultivos, que no matan el hambre, pero permiten ganar más dinero. Podríamos nombrar aquí varias formas de vida, varias filosofías de vida que ciertamente emocionarían a varios lectores, como emocionaron en el pasado a filósofos como Strauss, y cuando contemplamos las celebraciones de España y el Quinto Centenario, creemos que posiblemente ellos irán a imponer sus verdades, pero estamos seguros de que ellos tienen una preocupación: sus verdades ya no son más las únicas verdades...

Estamos seguros de que la saga de los conquistadores, aún con el sacrificio de muchos de nuestros antepasados, fue un fracaso en el intento de barrer por completo nuestra existencia como parte de la humanidad. Pero cuando vemos una «civilización» que no resultó, no podemos sentir las ganas de vengarnos, pero tampoco

queremos que se apague de la memoria de nadie el negro pasado de esa historia, incluso para que ella jamás se repita en la relación entre los hombres y los pueblos.

A lo largo de esos cinco siglos, los pueblos indígenas pudieron, en sus tierras y en sus medio ambientes, consolidar una base espiritual muy fuerte y de unión con la naturaleza, porque de ella venía toda su base de vida material, como los alimentos y las medicinas. Nuestra aspiración, entonces, es que en algún momento de su existencia, el hombre tecnológico y moderno, a través de sus familias y de sus hijos, comprenda y crea que nosotros indígenas ya no podemos ser los únicos en tener esos privilegios de buen vivir: es preciso compartir el saludable equilibrio de la vida entre los hombres y la naturaleza.

Sabemos que lo que el hombre del siglo XXI llama «reserva ecológica», generalmente se encuentra junto a nuestros pueblos, siempre protegida. El hombre moderno, por lo tanto, por más avanzada que sea su tecnología, va a tener que inclinarse ante la sabiduría de aquellos que otrora consideraban salvajes, no como restos de pueblos, pero sí como aquellos que supieron comprender y practicar lo obvio: el hombre es parte de la naturaleza, el hombre depende de ella para vivir, y ella sólo tendrá sentido mientras pueda alimentar al hombre.

Así, cuando las Naciones Unidas a través de una Secretaría intentó reunir a ricos y pobres en Río de Janeiro, el objetivo era discutir nuevos caminos en dirección a un futuro común, un pensamiento que conjugara «Medio Ambiente y Desarrollo, y una vez más, nosotros, los pueblos indígenas, fuimos inicialmente rechazados, aun siendo considerados por muchos como los más grandes sabios en la relación con la naturaleza. Entonces fue necesario que tuviéramos sentido de responsabilidad para con la madre tierra, con la humanidad, y para que nos organizáramos a través de nuestros propios mecanismos. Era necesario que por lo menos en ese campo ecológico tuviéramos voz, la verdadera voz de la Tierra.

En Brasil, sede de ese gran acontecimiento ecológico, los pueblos indígenas fundaron el Comité Intertribal-500 Años de Resistencia, y comenzaron a destacarse en las discusiones de gobiernos y ONGs en Ginebra, París y Nueva York; pero también en las distantes aldeas, cuyas explicaciones, entre preguntas y respuestas, era demostrar a los más viejos y grandes jefes que la máquina del hombre blanco había avisado que era preciso preservar el medio ambiente y respetar la naturaleza, hasta que uno de ellos preguntó «... ¿no habría sido más fácil y menos oneroso si ellos hubieran escuchado nuestras enseñanzas?».

Sin embargo, en las diversas discusiones a las cuales asistimos había una marcada diferencia entre los ricos y los pobres, clasificados como una diferencia entre el Norte y el Sur, como si pudiéramos dividir la naturaleza según los criterios de nuestros intereses personales y regionales. Era humillante ver a países que se dicen soberanos en sus acciones, corriendo atrás de representantes de otros países más «desarrollados», en la búsqueda de dinero, mientras que éstos parecían querer decirles «sigan pobres y dependientes a través de una deuda externa que aumenta cada día más». Los pueblos indígenas del mundo, conocedores natos de su medio ambiente, frente a ese problema, jamás consiguieron imponer sus valores, pues hasta la ecología pasa a integrar las leyes del mercado comercial, debido a que países que poseen poblaciones indígenas como Brasil, por ejemplo, siempre cuando fue posible discretamente tomaron represalias y desacreditaron el pensamiento indígena.

Cuando los pueblos indígenas percibieron dichas diferencias en la conducción de la discusión sobre Medio Ambiente y Desarrollo trataron de encontrar mecanismos para la elaboración de su propia Carta de la Tierra, porque lo que estaba en juego no eran esos intereses, sino el interés de la Tierra y el futuro de la humanidad y del planeta. Y más que eso, sintiendo que incluso no estaba asegurado un Foro Indígena, quedó decidido en París en diciembre de 1991, que la Conferencia Mundial de los Pueblos Indígenas no podría hablar solamente del medio ambiente y del desarrollo, sin referirse a un punto vital de la supervivencia: el Territorio, y que en Río de Janeiro sería exigido un templo de la sabiduría indígena, de acuerdo a la ingeniería y arquitectura de la selva en una verdadera y práctica demostración de economía autosustentada.

Para ejemplificar mejor esa relación en el contexto de la vida urbana, ese templo o aldea, tendría el nombre de Kari-Oca, que para los hombres blancos significa aquel que es nativo de Río de Janeiro, y para los indios primeros habitantes de Brasil, significa Kari, el hombre blanco feo, y Oca, la casa, o sea la casa del hombre blanco. Todo el pensamiento por lo tanto, en el concepto y en la práctica de la participación de los pueblos indígenas en la Rio-92, tomó en consideración aspectos culturales, filosóficos y prácticos de cómo convivir y vivir bien con la naturaleza, en donde no hay ricos y pobres, en donde no hay niños sin hogar, ni asilos geriátricos, ni hospitales psiquiátricos para enfermos mentales.

Fue un largo camino. Pero cuando llegó el día de la Conferencia Mundial de los Pueblos Indígenas, allá estaban los indios catires de Escandinavia, los negros del continente africano, los indios asiáticos del Japón, de Malasia ,Tailandia, allá tam-

bién estaban los indios de las aguas, de Oceanía y del hielo, como los Inuit y naturalmente, nosotros los americanos. Fueron siete días en donde teníamos el sagrado deber de orientar al «hombre blanco» en su relación con el medio ambiente, ya que no solamente había que preservar la naturaleza sino encontrar los medios de realizar una economía con ella, sin destruirla, como fue la costumbre con los avances económicos. En el día 30 de mayo de 1992, los 700 indios solemnemente, teniendo como testigo una vez más a la naturaleza, leyeron para la prensa, la Declaración de la Kari-Oca, en donde decimos claramente que:

«Nosotros, los pueblos indígenas. mantenemos nuestros derechos inherentes a la autodeterminación. Siempre tuvimos el derecho de decidir nuestras propias formas de gobierno, de usar nuestras propias leyes, de crear y educar a nuestros hijos; derecho a nuestra identidad cultural sin interferencias. Continuamos reivindicando nuestros derechos inalienables a nuestras tierras y territorios, a todos nuestros recursos del suelo y subsuelo y a nuestras aguas. Afirmamos nuestra continua responsabilidad de trasladar todos esos derechos a las generaciones futuras.

No podemos ser desalojados de nuestras tierras. Nosotros, pueblos indígenas, estamos unidos por el círculo de la vida en nuestras tierras y nuestro medio ambiente. Nosotros, pueblos indígenas, caminamos en dirección al futuro en el camino de nuestros antepasados.

Del mayor al menor ser vivo, de las cuatro direcciones, del aire, del agua, de la tierra y de las montañas, el creador nos colocó a nosotros, pueblos indígenas, en nuestras tierras, que es nuestra madre. Las huellas de nuestros antepasados están permanentemente grabadas en las tierras de nuestros pueblos».

Ahora, tenemos que esperar los ecos de nuestras voces junto a los corazones de la humanidad, pues la declaración fue un llamado, y la Carta de la Tierra, con 109 recomendaciones, fue un documento jamás producido en el mundo, pues al final de Río-92 el mundo asistió al rechazo de Estados Unidos a firmar el Tratado de Biodiversidad, y todos los gobiernos gastaron, una vez más, millones y millones de dólares para producir solamente una declaración. La Madre Tierra no merece esto.

Creemos también que ése fue un primer paso dado en dirección al futuro común de bienestar. Los pueblos indígenas queremos demostrar efectivamente que la madre tierra ha sido destruida con cada jet que cruza el océano, que ella ha sido violada con cada prueba atómica en el Pacífico.

Aun con todos esos conocimientos, los pueblos indígenas no pudieron tener asiento junto a las Naciones Unidas como conocedores y sabios de la naturaleza varios países miembros, inclusive, vetaron nuestra participación como «pueblos», pero por lo menos no como «poblaciones» y culturas propias, sin derecho a la autodeterminación. Quizás con la ayuda informal de Maurice Strong, conseguimos hablar, después de 500 años de silencio, durante 25 minutos.

En 1993 las Naciones Unidas concederán a los indígenas todo el año para la reflexión y consideración para con estos pueblos, y desde ya queremos que la Declaración Universal de los Derechos Indígenas sea un mecanismo práctico, en donde los países miembros de la ONU, desde Norteamérica hasta los rincones de la selva Amazónica, comprendan que la ideología indígena, la cultura, la familia y el medio ambiente, jamás subsistirán si no hay un hábitat y un territorio a ser respetado y demarcado para esa supervivencia. Naturalmente los pueblos indígenas que viven sobre grandes riquezas económicas según los ojos de los hombres blancos como el oro, el uranio, los bosques, el niobio, etc., deben ser tomados en consideración ante las transformaciones que esos saqueos siempre traen. El hombre indígena no posee tales valores económicos, ni una tecnología de máquinas; ante este choque, en el caso que no sean respetados los valores en juego, uno de los dos pueblos irá a sucumbir. E históricamente comprobado, deberá ser el hombre indígena.

La naturaleza y el medio ambiente, frente a los 500 años de silencio de los guardianes, estuvo intacta, protegida, pero ¿hasta cuándo? Cuando las Naciones Unidas y los gobiernos se preparan para el Año Internacional de los Pueblos Indígenas es necesario convocar a esos silenciados, no como una concesión anual, sino como una relación más permanente de ayuda mutua, de camino único, aun con las marcadas diferencias que existen y que existirán.

Cierto que no hay nada para ser conmemorado en 1992 con relación a los 500 años, al contrario, es necesario buscar en las cenizas del pasado la razón por la que muchas sociedades desaparecieron, y con ello también siglos de conocimiento que hoy podrían ser útiles a las formas de vida del hombre blanco y sus enfermedades. Tan seguros estamos de que a partir de Río-92 un nuevo pensamiento ha surgido en las nuevas generaciones, tanto en el medio indígena, como en el medio de la sociedad en su conjunto. Probablemente los gobiernos aún no estén lo suficientemente maduros, pero si las sociedades.

Estamos muy próximos a la destrucción total, necesitamos despertarnos, pues la naturaleza se ha manifestado de diversas formas, y nosotros los indios todavía vi-

vos no podemos seguir callados, pero aparte de hablar también queremos ser escuchados.